



Homilía

Misa de Nochebuena

Santa Iglesia Catedral, Jerez 24 de diciembre de 2010

Hermanos sacerdotes; queridos hermanos/as congregados en esta Noche santa para celebrar con alegría el gran acontecimiento del nacimiento de Jesús en Belén:

Como hemos escuchado en el Evangelio de Lucas, nuestro Dios viene al mundo en una familia, pobre en medios materiales, pero rica, sobre todo, en aquello que la define: una **"comunidad de vida y amor"**, que vive su fe con confianza y alegría.

Nace en un establo, es recostado en un pesebre **"porque no había para ellos sitio en la posada"** (cf. Lc 2,7); ignorado por unos, marginado por otros, pero al mismo tiempo, acogido y reconocido, en primer lugar, por los pastores, a quienes el ángel anuncia su nacimiento, diciéndoles:

"No temáis, pues os anuncio una gran alegría... os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un salvador, que es el Cristo Señor" (Lc 2,10-11).

Pues bien, ése es el anuncio que revela el gran misterio que aconteció en Belén y que, HOY es actualizado y celebrado en toda la Iglesia en la liturgia de esta vigilia de Nochebuena, esto es, el misterio del **"Emmanuel, Dios-con-nosotros"**: el Salvador prometido por Dios está presente aquí y ahora.

Acerquémonos, pues, hermanos a este **"trono de la gracia"** –como dice la Carta a los Hebreos (4, 16) y que hoy no es más que una simple cuna- para, como los pastores, poder encontrarnos con el Niño Dios.

La **"señal"** que se les da a los pastores para reconocerlo no es nada extraordinario ni espectacular; verán solamente **"un niño envuelto en pañales"**, un niño que, como todos los niños, necesita los cuidados maternos; y **"reclinado en un pesebre"**, signo de pobreza y humillación. La señal de Dios es el niño, su inocente sencillez y la necesidad de ayuda en su desvalimiento. Es el signo anunciado por el profeta Isaías, que hemos escuchado en la primera lectura: **"un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado. Lleva al hombro el principado"** (cf. Is 9,5).

Un niño es adorado por los pastores en la gruta de Belén. Sus ojos ven a un recién nacido sencillamente vestido y pobremente acunado, pero en aquel **"signo"**, gracias a la luz interior de la fe, reconocen al Mesías anunciado por los Profetas. En Jesús ven al **"Cristo Señor"**, al **"Salvador del mundo"** (cf. Lc 2,11). Sólo con la luz del corazón los pastores son capaces de ver que en este Niño se ha realizado la promesa del profeta Isaías.

También a nosotros se nos da la misma señal. El ángel de Dios, a través del mensaje del Evangelio, nos invita igualmente a hacer esta **"peregrinación de fe"**, que en los cristianos termina siempre en la mesa eucarística: a este Belén también estamos llamados a acudir para encontrarnos con nuestro Dios y, como los pastores, en la pequeñez del pan y del vino descubrir **"el Pan que ha bajado del cielo para la vida del mundo"** (cf. Jn 6, 41-51).

Dios que se hace pequeño por nosotros. Éste es su modo de reinar. Él no viene con poderío y grandiosidades externas. Viene como niño inermes y necesitado de nuestra ayuda. No quiere abrumarnos con la fuerza. Nos evita el temor ante su grandeza. Pide nuestro amor: por eso se hace Niño, Emmanuel, Dios- con-nosotros.

Al mismo tiempo, fijémonos en quiénes son los primeros llamados a este encuentro de adoración: los pastores. Nos son precisamente los más poderosos y ricos, los soberbios que se creen los dueños de todo, que excluyen a Dios e incluso le roban la propiedad del mundo y de la creación. También los poderosos de hoy quieren dominarlo todo y se empeñan en ignorar el motivo profundo de estas fiestas navideñas, eliminando el lenguaje y los símbolos específicamente cristianos. Y hasta nos quieren imponer que el respeto hacia quienes no comparten nuestra fe, debe pasar por el silencio sobre el nombre de Jesús y el exilio del mismo al interior del templo y de nuestra conciencia.

Pero, ¿cómo podrá esconderse la luz que ha iluminado la historia y ha marcado irreversiblemente el nombre de los siglos llenándolos de sentido? ¿Cómo será posible callar si la creación exulta ante la Presencia de Dios, como se canta en los Salmos: **“aplauden los ríos; vitorean los campos; se alegran las numerosas islas...”**. (cf. Sal 98,8; 96,12; 97,1). En otro contexto, en que también querían silenciar a los niños el vitorear a Jesús como al Señor, el mismo Jesús contestó: **“si estos callan, gritaran las piedras”** (Cf. Lc 19, 40)

Pues bien, frente a esos poderosos, aparecen los pastores, representantes del mundo pobre y sencillo. Los pastores eran personas marginadas, poco apreciados por su profesión. Vivían junto con los animales, en contacto permanente con los ellos y por esta causa eran considerados impuros. Nunca, nadie les hubiera invitado a visitar a un recién nacido.

En definitiva, los pastores son los humildes, los que no tienen nada que defender porque no se saben dueños de nada, los que tienen su futuro incierto, los que viven al margen de la plaza, la iglesia o el mercado. Hoy los podríamos ver representados en los que han errado en su vida y lo han perdido todo, los que están desesperados y se resisten ante la familia rota y aparentemente sin solución, los que ante la enfermedad se encuentran impotentes, los que saben que su vida es un caos y necesitan cambiarla, los que están abatido por la soledad.

En definitiva, todos los que viven en la oscuridad, que no se resignan a la aparente lejanía de Dios de su vida cotidiana porque saben que tiene que haber algo más que la injusticia que sufren. Son personas que saben e intuyen que Dios no puede olvidarse de ellos y esperan y desean una mirada del Señor.

Pues bien, son ellos los que son envueltos por la gloria de Dios y escuchan la invitación del Ángel. Para eso, precisamente hemos sido creados, como nos dice la carta a los Efesios: la gloria de Dios es Cristo y nosotros hemos sido elegidos para ser **“testigos de su gloria”** y **“alabanza de la gracia de su amor”** (cf. Ef. 1,6). En definitiva, los humildes, los necesitados de Dios, son envueltos por su gloria, por su perdón, por su amor e invitados a contemplar el misterio del Emmanuel.

Pues bien, también la gloria de Dios viene sobre nosotros que como los pastores venimos hoy aquí con nuestra **“noche”**, con nuestras oscuridades y con nuestros deseos de vida, de luz y de paz. Sabemos que en esta noche de Navidad no todo es alegría. Se mezclan muchas cosas: recuerdos, añoranzas, el vacío de personas queridas que nos dejaron, nuestras dudas, nuestras penas, nuestros temores; sabemos que sigue existiendo una Iglesia perseguida y martirizada en diferentes lugares del mundo como por ejemplo Irak, China, Sudán.

También nosotros, como los pastores estamos en la **“noche”**: participamos de la noche del mundo. Pero como ellos, queremos ser envueltos en la luz del Señor para poder así escuchar el anuncio del Ángel animándonos e invitándonos a no tener miedo. Y este anuncio supone, en primer lugar, descubrir que sólo el corazón vigilante es capaz de creer en el mensaje. Sólo el

corazón orante puede infundir el ánimo de encaminarse para encontrar a Dios en las condiciones de un niño en el establo. Roguemos al Señor que nos ayude a convertirnos en personas vigilantes.

En segundo lugar, como los pastores, implica descubrir que el modo como Dios obra es diverso del nuestro. Él no actúa con triunfalismo como los poderosos del mundo, sino que su actuar es desde la cátedra del pesebre, desde la humildad. El nos enseña que la divinidad no se encuentra eliminando a Dios de nuestras vidas, sino haciéndose pequeño, pobre y sencillo para que la luz de Dios nos ayude a vivir, a amar, a perdonar, a ayudar a los demás; especialmente a los más débiles.

En tercer lugar, el anuncio del Ángel certifica que el Niño del pesebre es verdaderamente el Hijo de Dios, el Dios hecho-hombre. Por eso el Padre le dice con toda verdad: **"Tu eres mi hijo"**. Los pastores han contemplado que el Dios eterno ha descendido a nuestro mundo, maravilloso y dramático, para llenarlo de su Gracia y de su Paz. Tan poderoso y tan indefenso, tan fuerte y tan débil. Para que de su humildad todos recibamos gracia tras gracia.

¡Qué maravilla! Dios mismo, quien desde siempre vive **"en una luz inaccesible"** (Cf. 1 Tim 6, 16) el misterio de su identidad, se ha hecho Don, regalo para cada uno de nosotros, se ha hecho presente en su Palabra que es su Hijo Jesús. Así nos asegura su amor, nos invita a la amistad con Él y se manifiesta una vez más como hace más de dos mil años en Belén.

Ahora es posible ver en el mundo personas que creen en el amor, que no viven para morir, sino que mueren para vivir y dar la vida. Ahora es posible iluminar al mundo con la luz de la verdad, del amor, de la entrega generosa, de la familia, de la vida consagrada a la oración y al servicio de los más pobres. Ahora es posible junto con María escuchar que **"para Dios nada hay imposible"** y poder decir como Ella **"hágase en mí según tu palabra"**.

Por tanto, queridos hermanos, alegrémonos en esta noche y acudamos ante el altar en esta santa vigilia, haciendo nuestro el villancico de **"pastores venid, pastores llegad a adorar al Niño que ha nacido ya"**. Que así sea.

+ José Mazuelos Pérez
Obispo de Asidonia-Jerez